



ÓRGANO DE LA ACADEMIA  
COLOMBIANA DE HISTORIA

Nº 847

# BOLETÍN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

1810 20 DE JULIO 2010  
BICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL

- EL GENERAL MANUEL CARLOS PIAR. SU IMPORTANCIA MILITAR E HISTÓRICA
- EL ESTADO DE SANTANDER. SU CREACIÓN, SUS CONCEPCIONES Y SUS EJECUTORIAS
- EL DESCUBRIMIENTO VISTO POR LOS DESCUBIERTOS
- LAS CORTES DE CÁDIZ Y JOSÉ BONAPARTE
- NOMENCLÁTOR DE LÍDERES HÉROES Y MÁRTIRES INDÍGENAS. HASTA LOS ALBORES DE LA CONQUISTA
- LOS EMPRESTITOS DE LA GRAN COLOMBIA
- LOS MUROS DE LA NACIÓN COLOMBIANA
- LIBROS LLEGADOS A LA BIBLIOTECA EDUARDO SANTOS

DIRECTOR  
LUIS CARLOS MANILLA R.

REDACTORES  
JOSÉ ROBERTO IBÁÑEZ  
(VACANTE)

Vol. XCVI - Nº 847 - Año 2009  
ISSN 0006-6303

TARIFA POSTAL REDUCIDA RES. Nº 565 VENCE DIC. 2009  
SERVICIOS POSTALES NACIONALES

## EL DESCUBRIMIENTO VISTO POR LOS DESCUBIERTOS\*

POR  
ROBERTO LLERAS PÉREZ\*\*

### Introducción

Con frecuencia los actores directamente involucrados en los eventos históricos más significativos y relevantes carecen de una clara conciencia acerca de lo que está ocurriendo y de las consecuencias de los acontecimientos que los envuelven. Solo el paso del tiempo aclara las cosas, sitúa los hechos en sus justas proporciones y permite que se construya una visión compartida sobre el pasado. Pero no todos los grupos sociales tienen la misma oportunidad a largo plazo de construir su propia visión de la historia; de hecho hoy en día se reconoce que existe una historia narrada por los vencedores, que tiende a ser hegemónica y que hay, al menos en teoría, otras narraciones posibles.

En la historia del descubrimiento y conquista de América esta dualidad se hace evidente. Los europeos han tenido la oportunidad de construir, no una sola sino varias versiones sobre los sucesos que empezaron en 1492; de hecho aquella narración que se supone de carácter más antieuropeo, la leyenda negra, es una historia construida también por los europeos o por sus descendientes. Los aborígenes americanos no tuvieron el beneficio de contar con una historia escrita propia que acumulara y preservara su forma de ver las cosas en esos momentos cruciales. Por eso la información que tenemos sobre el encuentro de los dos mundos es tan abrumadoramente europea; son europeas las historias de lo que aquí se encontró, de quienes vinieron, como actuaron y como fueron recibidos.

---

\* Conferencia pronunciada en la sesión solemne de la Academia el 9 de octubre de 2009.

\*\* Miembro Correspondiente a la Academia Colombiana de Historia.

Estas versiones tienen un gran interés; en la medida en que nos adentramos más en el estudio de los documentos, el arte y la literatura de los siglos XVI y XVII, mejor entendemos las particularidades de una mentalidad que encontró en América un maravilloso pretexto para divagar, fantasear y proyectar un rico imaginario. Desde los grabados de Theodor de Bry, pasando por la pintura de Hyeronimus Bosch hasta las leyendas de las siete ciudades de Cíbola, Cipango, el Meta, la Sierra de Plata y el Dorado, el ingenio europeo desplegó innumerables formas de expresar como ellos vieron o imaginaron las nuevas tierras y sus habitantes. América fue, en la imaginación europea, la tierra donde había gigantes, monos con pezuñas, animales con gibas y cara de perro, feroces amazonas, seres sin boca, otros con la cara en el pecho y un sinnúmero más de maravillas y horrores. Pero aun este riquísimo mundo de textos e imágenes nos confina a la perspectiva europea, nos restringe a la visión que se daba en uno solo de los mundos en contacto.

Ahora bien, forzosamente los indígenas americanos tuvieron una forma diferente de ver las cosas; desde su propia experiencia debieron forjar de los europeos una imagen definida. Que esta imagen pueda ser el simple e idealizado retrato de unos superhombres o semidioses es algo que debemos resistirnos a creer. Las nociones de que los conquistadores barbados que entraron a la Sabana de Bogotá fueron vistos como reencarnaciones de Bochica y que las huestes de Pizarro se compararon a Viracochas, parecen más adecuadas para satisfacer el ego europeo, que buscaba fijar una supuesta superioridad frente a los nativos, que para describir la real percepción indígena sobre estos forasteros. Además no tuvo porque haber una sola forma de ver y entender la llegada de esas personas, cada sociedad estaba equipada culturalmente de una forma específica para enfrentar esta nueva experiencia. ¿Cómo vieron entonces los americanos a sus descubridores?

Este es un intento para localizar y mostrar aquellas evidencias que puedan confiablemente considerarse fidedignas y que nos indiquen, así sea fragmentariamente, como veían los indígenas a los conquistadores. Nos interesa particularmente entender que tan singular se considero inicialmente la presencia europea, habida cuenta de que los pueblos aborígenes que fueron entrando en contacto con ellos habían tenido contactos previos con otras etnias. También importa saber que pensaban sobre su apariencia física y su vestido, que opinión les mereció su comportamiento y como compararon sus creencias. El europeo visto desde América, a través de los ojos americanos nos puede sorprender, e incluso nos puede llegar a divertir. Sigamos este camino de exploración en los fragmentos del discurso indígena que las crónicas europeas preservaron, más o menos intactos, en los textos

reveladores de las crónicas de raigambre indígena y en otras fuentes que están al alcance de la mano.

### **La singularidad de la presencia europea**

¿Qué tan inusual era la presencia de extraños en los territorios de las etnias indígenas de América? La noción de que las americanas eran sociedades cerradas, ajenas a experiencias externas y ensimismadas en mundos puramente locales ha sido ampliamente revaluada por la arqueología. Sabemos que, incluso, en las etapas más tempranas del poblamiento del continente la movilidad fue un factor fundamental en la vida social de los aborígenes americanos. De hecho la saga del poblamiento del continente es una historia de movimientos y desplazamientos colosales. Esta tendencia nunca se detuvo; cuando los grupos de cazadores y recolectores se establecieron, los contactos entre áreas distantes aun siguieron dándose. Entre las muchas pruebas que se pueden citar están los horizontes tipológicos de objetos que, como las puntas de proyectil Folsom de Norteamérica, se fabricaban sobre el mismo patrón en áreas de más de un millón de kilómetros cuadrados, demostrando así un contacto cultural estrecho. Los muiscas, que poblaban el altiplano cundíboyacense a la llegada de los españoles, venían de una larga peregrinación que los trajo desde su territorio original en Costa Rica atravesando selvas y montes y encontrando a su paso a muchas gentes diversas.

Y esto nos lleva a un aspecto fundamental que no debemos olvidar; que los indios de América no eran en absoluto homogéneos en cuanto a su apariencia. Distintos tipos físicos, aunados a vestuarios y ornamentos personales particulares, se conjugaban para dar a cada pueblo una imagen característica y distintiva. América fue, desde su poblamiento inicial, un mosaico de etnias diferentes en movimiento y contacto; la gente estaba acostumbrada a ver seres humanos diferentes a ellos mismos y por ello la presencia de los europeos no causo el estupor que popularmente se cree. De hecho, las respuestas iniciales de los aborígenes frente a los españoles son las mismas que cualquier grupo de forasteros hubiera recibido. Los tainos que recibieron a Colón en las Antillas se acercaron con curiosidad para comprobar si los recién desembarcados eran de carne y hueso; la duda no duro mucho, casi en seguida los indios ya lidiaban con sus nuevos visitantes con bastante familiaridad.

En general los primeros contactos estuvieron marcados por una acogida calida y por la entrega de ofrendas, tal y como habitualmente se hacia con los visitantes de otras tribus. El Adelantado Pedro Fernández de Lugo en su primer contacto con los indios de Bonda recibió de uno de los principales

“... un poco de maíz blanco y un cataure o cepillo blanco y unas pocas guamas...” (Aguado 1582/1956), un regalo que pareció a los españoles bastante despreciable pero que tenía un valor simbólico que otros indígenas hubiesen entendido claramente. Episodios similares le ocurrieron a Colón en Santo Domingo, a Jiménez de Quesada en su periplo hacia el país de los muiscas e incluso a Cortes en México y a Pizarro en Perú. Los españoles, en general, no fueron vistos como seres extraordinarios que llegaban del cielo, sino como otras personas con quienes se podía entrar en contacto siguiendo las costumbres habituales.

Sabemos, por supuesto, que esta primera forma de contacto no perduro, ya que los conquistadores se encargaron de proyectar de si mismos otra imagen. Aguado (Op. Cit.) nos cuenta que *“Estos alojamientos, se suelen comúnmente, a lo menos en el Nuevo reino, llamar rancherías, y lo mismo llaman a cualquier sitio o fortaleza donde los indios, dejada su antigua población, se recogen con el miedo de los españoles, y al saquear algún pueblo y tomar todo lo que en el hay, llaman ranchar, y al oro que de esta suerte se ha habido, llaman oro de rancheo, y de esta suerte van colorando los actos de avaricia y rapiña con vocablos exquisitos e inusitados”*. Así pues, muy rápidamente se inicio esta segunda fase del contacto que implico el enfrentamiento militar abierto. Pero tampoco aquí los textos revelan que los indios hubiesen percibido a sus nuevos enemigos como seres dotados de poderes sobrenaturales. Si así hubiese sido, de seguro no se hubieran atrevido a combatirlos con la decisión que demostraron en muchas batallas; incluso la presencia de elementos como las armas de fuego, los perros y los caballos fallaron muchas veces en producir el terror que los españoles buscaban sembrar.

Es una creencia popular muy difundida que los indígenas vieron a los europeos que montaban caballo como a seres monstruosos ya que, supuestamente, creyeron que hombre y caballo era un solo ser. Esto no tiene asidero en los textos que narran con mayor fidelidad los primeros contactos. Si tal impresión alguna vez se dio, no pasó de ser más que fugaz, ya que los indios bien pronto pudieron comprobar que los caballeros se apeaban y eran hombres comunes y que los caballos eran tan solo otra clase de animales, con los cuales pronto se familiarizaron. Los tlaxcaltecas, que atacaron a Cortes en el oriente mexicano y después se convirtieron en sus aliados contra los aztecas creyeron, por momentos, que se trataba de hombres – bestia, pero pronto identificaron a los caballos como seres independientes y los llamaron *“grandes ciervos que podían llevarlos rápidamente a cualquier parte”* (Díaz del Castillo 1632/1939). La eficacia del caballo en las guerras

de conquista en América no tiene nada que ver con esta supuesta imagen aterradora, sino con la movilidad y potencia que confiere a los ejércitos, sobretodo cuando se lucha contra la infantería, un aspecto que los estrategas militares conocen bien.

El mismo Adelantado Pedro Fernández de Lugo, después que sus tácticas amistosas hubieron fallado, comando incursiones punitivas entre los pueblos de la Sierra Nevada y en una de ellas le fue bastante mal: "...y viendo que los indios no se le apartaban, antes se le acercaban a su gente, por emplear bien sus flechas, envió algunas compañías de arcabuceros que los ojeasen y ahuyentasen de donde estaban, los cuales fueron y comenzaron a derribar algunos indios que a tiro de arcabuz los esperaban, donde con los arcabuces, y doce lebreles que el adelantado había traído de España, mataron muchos indios, pero no tantos que amedrentasen por entero a los que vivos quedaban, de suerte que perdiesen los bríos que tenían...los indios comenzaron a revolver sus flechas y armas contra los arcabuceros, con tanto animo que los hicieron retirar y los pusieron en grande aprieto..." (Aguado 1582/1956). No se lucha de esta forma contra seres que se consideran manifiestamente superiores o divinos.

En muchos casos los indios esperaban que los recién llegados se comportasen como otros enemigos que habían enfrentado en el pasado. Cuando Gonzalo Jiménez de Quesada llegó a las sierras del Opón sus huestes lograron capturar a un indio que "...estuvo dos días con sus noches sin hablar palabra, creyendo que los españoles eran alguna gente fiera y que comían carne humana, por lo cual esperaba que en breve le habían de dar la muerte y comérselo; pero viendo este bárbaro que su muerte se dilataba, y que no hacían de él lo que pensaba, a cabo del tiempo dicho hablo a la lengua casi como hombre desesperado y que deseaba ver ya el fin y remate de su vida, con que todo temor se acaba, y le dijo: "estos barbados que ni son gente como nosotros ni animales de los que en los arcabucos se crían, ¿Qué piensan hacer de mi?; si me han de comer, ¿Por qué no acaban de darme la muerte?, y si no, ¿Por qué no me sueltan y dejan que me vaya donde quisiere?"" (Op. Cit.).

Curiosamente los procesos más notables de reconocimiento se dieron cuando los españoles demostraban cualidades o capacidades afines a las costumbres y creencias de los indios. Entre los acompañantes de Rodrigo de Bastidas figuraba un capitán de apellido Palomino que adquirió fama entre los indios porque aparentemente era muy hábil para predecir el clima. En una ocasión los indios lo buscaron para pedirle que rogase a su dios por lluvias, porque las sementeras se estaban perdiendo; Palomino"...

*respondió a los indios que aquella noche propia llovería, y fue así que, o por permisión divina, o por el natural curso, haciendo los vapores de la tierra su oficio, sobrevino muy grandes aguaceros sobre la tierra, como Palomino lo había dicho a los indios, los cuales son gente que fácilmente se mueven a supersticiosas religiones, y no a seguir la verdadera, comenzaron a poner entrañablemente a Palomino en opinión de divino, de suerte que lo colocaron ellos entre sí por uno de sus ídolos y dioses, y hoy en día lo tienen en sus santuarios, puesto en estatuas de oro, caballero en su caballo Matamoros, armado según andaba en la guerra, con la lanza en la mano, dándole la honra o veneración que a los demás sus dioses o simulacros, y nombrarles hoy a Palomino a estos bárbaros, es nombrarles una cosa muy santa y religiosa...” (Aguado 1582/1956).*

Estos episodios fueron en realidad bastante escasos. Tal vez el más conocido es el que aconteció al mismo Jiménez de Quesada al llegar a Guacheta. Narra Aguado (Op. Cit.) que, en principio, los indios se atemorizaron al ver a los españoles y creyendo que debían apaciguarlos les enviaron un indio viejo para que lo comieran y, más aun, arrojaron al paso de los europeos a varios niños a guisa de sacrificios. Según los españoles, estos actos se basaban en que los indios creían que estos forasteros eran Xua, hijos del sol. Al parecer el malentendido no duro mucho, porque pronto indios y españoles lograron entenderse y estos últimos recibieron comida, mantas y oro que les ayudaron a mitigar las penurias de la larga marcha desde la costa.

El primer contacto, en resumen, parece no haber sido tan deslumbrante. Que en toda América los aborígenes viesen a estos extraños barbados como dioses y que la impresión los doblegase; que, en fin, la llegada de los contingentes de Pizarro, Cortes o Jiménez de Quesada se considerase de entrada como un acontecimiento singular, es algo que no parece tener asidero en la evidencia documental. Por supuesto a los españoles les convenía proyectar otra imagen; que los indios los vieron como seres divinos. Por un lado esto reforzaba la idea de que los americanos eran ignorantes y propensos a las falsas creencias, razón muy poderosa para proseguir con la evangelización. Por el otro la figura del conquistador, generalmente un hidalgo de poca monta en España, adquiriría un nuevo brillo a la luz del deslumbramiento de los indios americanos. Es que pasar de ser el último hijo paupérrimo de algún vecino de un pueblo perdido en Extremadura a ser el Hijo del Sol en el Nuevo Reino no es cualquier cosa.

Parece más probable que, en casi todas partes, la llegada de los europeos se registrase como otro contacto más, que merecía mayor atención solo si estas personas se quedaban más tiempo de lo que era conveniente

o si iniciaban acciones ofensivas, cosa que infortunadamente, ocurría con frecuencia. Lo que hizo singular la presencia europea en América no fue la gallardía de los conquistadores, ni el brillo de sus armaduras o el porte de sus cabalgaduras. Fue, más bien, lo que paso después, la larga cadena de sucesos que desencadenaron cambios sociales nunca antes vistos y sobre los cuales ya se ha dicho mucho. Esto ultimo si fue singular, fue lo que transformo el continente americano y su población más allá de lo que nadie en el siglo XVI hubiera podido prever.

### **¡Como se portan estos señores!**

La polémica entre los partidarios de la leyenda rosa y los de leyenda negra de la conquista de América lleva ya cerca de cinco siglos y no parece que vaya a resolverse aún. Ya que no es esta la ocasión para tomar partido, yo prefiero adoptar otro punto de análisis que me permita entender los conflictos que el contacto suscito. Para empezar hay que decir que la valoración de los bienes materiales entre las culturas americanas obedecía a unas normas particulares que en el momento del contacto no fueron entendidas. La existencia de organizaciones económicas basadas en la auto-subsistencia, el escaso desarrollo de las fuerzas productivas y la preponderancia del pensamiento religioso y simbólico en la vida cotidiana impedía en América el surgimiento de cualquier forma de verdadera acumulación de capital o de medios de cambio.

Los objetos materiales eran fundamentalmente valores de uso, ya fuera que el uso tuviera un carácter ritual o práctico. Como tales, los objetos realizaban su valor en el consumo inmediato y fuera de el carecían de sentido social. Esto determinaba que la escala de valor de las cosas operase de una forma diferente y que, según las circunstancias del consumo, un puñado de hojas de coca pudiera apreciarse más que una figura de oro. Por esto las ofrendas de frutas y maíz que se hicieron a los españoles no eran, desde el punto de vista indígena, regalos sin valor. El oro valía tanto como otro material cualquiera en tanto sirviera, como la piedra o la arcilla, para hacer figuras de ofrenda; y el oro valía igual si se mezclaba con cobre o si se usaba puro. Su valor fundamental se derivaba de su simbolismo; era fuerza del sol, en términos quechuas su sudor, venía de los ríos o de la tierra donde había crecido como un embrión y, arrancado de allí por el minero, alcanzaba su madurez en el crisol o en el yunque. Su capacidad de capturar y reflejar los rayos del sol le conferían un poder sagrado y por ello se le busco, se le trabajo y se hicieron con el miles de objetos, todos para la religión y el adorno ritual.

Para los españoles la cosa no iba por ahí. Europa ya vivía en el siglo XVI un franco despertar de las formas capitalistas de producción, en las que la determinación del valor se daba en la producción de mercancías y en la reproducción del capital. El dinero, como forma aparente de riqueza, encarnado en piezas de oro era, por encima de cualquier otra cosa, el elusivo objeto del deseo.

La conquista de América fue, además una iniciativa de empresas privadas; pocas veces las arcas del estado español contribuyeron a financiar las expediciones. El sistema de las Capitulaciones permitía que ciertos individuos adquirieran derechos potenciales y títulos que los respaldaran. Pero esto no era gratuito, para llegar a América un Adelantado tenía que financiar las embarcaciones, los pertrechos y armas, la tripulación y la tropa y, lo más probable era que al desembarcar en alguna playa remota del Nuevo Mundo, estuviera cargado de deudas y no tuviera encima un céntimo. La única vía posible para saldar estas cuentas, responderle a la Corona con el impuesto del Quinto, apaciguar la codicia de los soldados y volver a España con algo en el bolso, era obtener el oro americano. En el descubrimiento de América hay, pues, dos lógicas diferentes y mutuamente ininteligibles orbitando alrededor del oro de los indios.

Esta primera contradicción marca y define la naturaleza de las relaciones entre descubridores y descubiertos por mucho tiempo, en realidad hasta que la lucha por las tierras agrícolas llegó al primer plano del conflicto. Que los europeos, comenzando con Colón, se percataron de la abundancia de este metal, que procuraron todos los medios para obtenerlo y que se mataron entre ellos por su reparto, es bien conocido. Los mismos cronistas españoles expresaron con frecuencia su disgusto y horror frente al comportamiento de sus compatriotas. Pero; ¿Qué pensaron los indígenas? ¿Cual fue su reacción frente al desenfreno español por el metal dorado?

Aquí creo que si cabe hablar de estupor, con toda propiedad. Que los piquetes de soldados entraran a las casas y se dedicaran a voltear todo para llevarse solo las cosas de oro, incluso las mas simples y pequeñas, y que dejaran atrás otras muchas cosas valiosas y que no les importara quemar la más fina plumería, como ocurrió en Tenochtitlan, es algo que los indios no lograron entender. En muchos casos la rapiña adquirió tal extremo que desquicio los valores más básicos de las sociedades aborígenes: en la provincia ecuatoriana de Cañar una familia indígena tuvo que pasar por la vergüenza de rogar a un capitán español que les permitiera entrar a una tumba y recuperar el cuerpo de su pariente difunto, ya que los soldados estaban saqueando su sepulcro para llevarse el oro con que lo habían sepultado;

misericordiosamente se les concedió permiso, eso sí bajo vigilancia, para que se llevasen solo el cuerpo sin el oro (Lleras 2006).

¿Porqué quieren el oro? ¿Para qué quieren tanto oro? Pronto los indígenas aprendieron a usar a su favor esta sed insaciable. Se dice que “*En el delirio de la fiebre del oro los expedicionarios preguntaban a los indios si el oro “lo pescaban en las redes” o lo “sembraban” y seguían, enceguecidos, las indicaciones de los indígenas, a menudo falsas, perdiéndose en las selvas tras tesoros inexistentes*” (Gandia 1929). Así muchas expediciones que perseguían el Dorado, el Meta y otros tantos sitios míticos, iban de un sitio al otro preguntando y alejándose cada vez más, para alivio de las aldeas indígenas.

Tener oro fue entonces una maldición para los indios y, sin duda, la pasaron peor las sociedades que lo tenían que aquellas que no lo usaban. Cuando los últimos adornos y ofrendas de oro les fueron robadas los indios las reemplazaron por otros metales que los españoles no codiciaban. En la costa ecuatoriana los manteños continuaron fabricando ornamentos de cobre hasta el siglo XVIII (Lleras 2006); cuando los muiscas celebraron su última gran fiesta pública, los funerales del cacique de Ubaqué en 1563, llevaban puestos pectorales y otros adornos de zinc, estaño y latón (Londoño 2001).

El famoso episodio del rescate de Atahualpa en Cajamarca demuestra como los indígenas intentaron usar el oro para librarse de los españoles. La historia es bien conocida: Atahualpa es capturado mediante un acto de traición sorpresivo, en prisión ofrece a Pizarro entregarle todo el oro y la plata que desee a cambio de su vida y su libertad. Aceptado el trato se escogen dos estancias que habrán de llenarse, una con oro y la otra con plata; el Inca ordena que se traigan los metales y por varios días caravanas de cargueros venidos de los cuatro suyus traen piezas y llenan los cuartos. Cumplido el trato por parte de Atahualpa, Pizarro falta a su palabra y lo ejecuta. Más allá de los tintes trágicos de este episodio, hay en él un significado al que pocas veces se alude. Que Atahualpa haya ofrecido pagar su rescate demuestra que para el Imperio su vida valía más que el oro y que lo que los españoles tanto ansiaban no era para los incas tan importante. Había aquí una declaración tacita de desprendimiento y poderío que, aún enriqueciendo a los conquistadores, los humillo profundamente. De hecho, al llenar las estancias Atahualpa selló su propia muerte, alguien que tenía la integridad y el poder para lograr algo así era un enemigo tan formidable que no podía dejarse vivo.

En otros casos, bien pocos por cierto, la codicia española desato la furia indígena. La tragedia de Valdivia, narrada en el poema de *La Araucana*, es quizás el episodio más dramático de este tipo y por eso conviene recordarlo. Se cuenta que el cacique araucano Lautaro, hastiado de los abusos del conquistador Pedro de Valdivia en su búsqueda de oro, consiguió capturarlo y decidió ejecutarlo ejemplarmente para demostrar que los españoles no eran invencibles. La ejecución misma tiene un aspecto simbólico muy fuerte; a Valdivia se le echo oro fundido en la boca y, mientras esto se hacía, se le dijo algo así como “¿*Quieres oro? Cómelo*” (Pancorbo 2008). Waman Puma de Ayala (1616/1992) resume con un lamentable dejo de tristeza el problema que la rapiña provocaba: “*Aún hasta agora dura aquel deseo de oro y plata y se matan los españoles y desuella a los pobres indios. Y por el oro y plata quedan ya despoblado parte deste rreyno los pueblos de los pobres ynidios, por oro y plata*”.

No solo la rapiña del oro les permitió a los indios entender y calibrar el talante de sus descubridores. Un asunto que los perturbo particularmente fue el trato dado por los españoles a las mujeres indias. Gutiérrez de Pineda (1963) en su estudio sobre el trasfondo histórico de la familia en Colombia cita casos tomados de las crónicas y documentos de archivo en los que se enuncian numerosos raptos, violaciones y relaciones forzadas entre españoles y mujeres indias; la conclusión de la autora es que lamentablemente la violencia esta en la génesis colonial de la familia en nuestro país.

La escasez de mujeres españolas en el nuevo continente, durante prácticamente todo el siglo XVI, se ha citado como la causa de este fenómeno, aun cuando es difícil entender como puede explicar el carácter violento del mestizaje. Aguado (1582/1956) se queja por las costumbres disolutas y licenciosas de los españoles, aun cuando se preocupa más por el mal ejemplo que por los sufrimientos de las mujeres; parece que desde esa época en el Nuevo Reino “...*pocos hay que no se precien de tener una y dos y hasta tres mancebas indias o mestizas, y esto no muy cautamente, porque todos o los más en son de criadas las tienen en sus casas sujetas a su apetito y voluntad...*” (Op. Cit.).

Según Waman Puma (1616/1992) en el Perú las cosas fueron iguales: “*Como después de aver conquistado y de aver rrobado comensaron a quitar las mugeres y doncellas y desvirgar por fuerza. Y no queriendo, le matauan como a perros y castigaua cin temor de Dios ni de la justicia. Ni auia justicia*”. Y más adelante con relación a las autoridades: “*Las dichas justicias y corregidores y padres de las dotrinas y tenientes de las ciudades y uillas y prouincias deste rreyno, con poco temor de Dios y de la justicia y de la*

*ley de cristiano, andan rroncando y mirando la güergüenza de las mugeres casados y donzellas y hombres principales. Y andan rrobando sus haziendas y fornican a las cazadas y a las doncellas los desuriga.*" (Op. Cit.).

Waman Puma trae otro pasaje que revela como la violencia sexual la ejercían muchos españoles, aun a pesar del carácter de su cargo: "*Mui bravo i colérico padre contra los caciques prencipales y contra sus yndios. Porque le defiende a las solteras y donzellas, le mata de palos a los yndios.*" (Op. Cit.). Para la moral sexual de los indios esto planteo un dilema irresoluble, ya que los abusos ininterrumpidos ocurrían mientras los funcionarios, los monjes y los curas doctrineros predicaban contra la poligamia, la unión no santificada por el matrimonio y las relaciones sexuales por fuera del vínculo. El mismo Waman Puma (Op. Cit.) transcribe la formula de confesión usada en la Sierra peruana durante la Colonia temprana: "*Que los dichos padres del santo sacramento de la confición mande exsaminar su anima y consencia una semana el dicho penitente, aunque sea español. Y el yndio haga quipo de sus pecados. Y al yndio y a la ynidia le enseñe como lo a de confesarse de cada pecado y le de a entender al dicho penitente la culpa del pecado mortal o uenial, soltero, furnicación cimple, y del casado, adulterio; y de la parienta, yincisto; y del uirgo con donzella o donzel uirgenes, estupro;...*".

De hecho todas las costumbres sexuales anteriores a la conquista se censuraban y se castigaba con rigor el adulterio o cualquier expresión sexual contraria a las normas católicas. Inevitablemente la imagen de los españoles en la percepción indígena se tiño de hipocresía y genero una profunda desconfianza; el "*predica pero no aplica*" era el lema del día para describir la conducta de los conquistadores.

Este aspecto y la violencia generalizada, no solo la de carácter sexual, marcaron la vida colonial y las relaciones entre blancos, mestizos e indios. Aún a pesar de ello hay que recalcar que la difusión del cristianismo y su aceptación en América fueron sorprendentemente rápidas. A los españoles les molestaba, hasta bien entrada la Colonia, la persistencia de lo que llamaron idolatría y paganismo, es decir las practicas religiosas tradicionales como las ofrendas, las sanaciones, los bailes rituales, la ingestión de alucinógenos, etc. (Cortes Alonso 1960). Pero lo que no se menciona es que, a pesar de que estas prácticas se mantuvieran, realmente eran muy pocos los casos en que se renegaba abiertamente del cristianismo.

El catolicismo entro con mucha fuerza y se impuso en todos los rincones del continente, adoptando formas sincréticas más o menos evidentes, salvo

en los reductos de selva tropical en donde las misiones llegaron mucho más tarde. La consecuencia natural de esta adopción fue que los indios empezaron muy pronto a entender, juzgar y expresar su opinión sobre la conducta de los españoles desde la moral cristiana. Ya los referentes no eran los mitos, ni los dioses ancestrales, ni siquiera las costumbres comunitarias, ahora se hablaba desde los evangelios, desde la enseñanza de Jesús, desde la misericordia de la Virgen María.

Esta nueva óptica era muy poderosa, daba lugar a argumentos irrefutables. ¿Cómo se podía contradecir aquello que se fundamentaba en la justicia divina y lo que se pedía en nombre de Cristo? Los indios usaron para defenderse los argumentos de la religión y de la fe, en los cuales la mayoría creía sinceramente y, en algunas ocasiones, esto los favoreció, así fuera temporalmente. Y es que la defensa era una necesidad permanente, ya que la violencia también era omnipresente. Las crónicas españolas y las crónicas de raigambre indígena cuentan las mismas historias, solo que el color de las palabras varía y el tono es bien distinto. Si se trata de describir una masacre, Aguado o Simón dirán que tal o cual conquistador entro a tal pueblo e hizo "*gran mortandad de indios*". Por su parte Waman Puma o Santacruz Pachacuti describirán en mayor detalle lo que se hizo y la crueldad que se empleo. El caso es que unos y otros narran infinidad de episodios de persecución, tortura, muerte y castigo; estos no son inventos de la leyenda negra.

Por supuesto la violencia no estaba ausente del mundo prehispánico. Los procesos de expansión de las sociedades cacicales e imperiales convirtieron a la guerra en la gran tarea colectiva que se acometía para defender o conquistar las condiciones sociales de producción. Y estaba también la violencia ritualizada de los sacrificios que escandalizo a los españoles y que se uso exitosamente como un argumento en contra de los indígenas. Sin embargo había algo radicalmente distinto en esta nueva forma de violencia que trajo consigo la conquista.

En el mundo prehispánico la violencia, aun siendo terrible, tenía algún sentido que se podía entender: si se ejercía dentro de la guerra era para evitar perder las tierras y las aldeas o para conseguir más de estas y aquellas; si se ejercía ritualmente era la concreción de una creencia de la cual todos participaban. Los padres que entregaban a sus hijos pequeños para ser sacrificados en los santuarios de altura de los Andes seguramente sufrían la pérdida pero, igualmente, estaban convencidos de que este dolor se vería recompensado, pues su hijo al volar al sol aseguraría las lluvias y las cosechas necesarias para que todos pudiesen seguir viviendo.

La nueva violencia era diferente. Para empezar era casi siempre impredecible. Antes se sabía que, si había guerra habría violencia y si la ocasión marcada se avecinaba, correspondía sacrificar. Pero desde el descubrimiento las cosas no se guiaban por reglas conocidas; si a un capitán o teniente le apetecía, podía enviar a sus soldados a ranchar en cualquier momento, aun si había de por medio una tregua pactada, entonces la aldea podía ser saqueada y quemada y habría muertos y esto podía pasar de un momento a otro. Si un encomendero o corregidor se encaprichaba con una india, la casa familiar podía ser asaltada y la familia moriría, y esto ocurría aun cuando se estuvieran cumpliendo las leyes y cargas impuestas por los conquistadores. Las crónicas dan cuenta de las innumerables ocasiones y pretextos que daban lugar a la reacción airada de los amos en la vida cotidiana. Este primer factor hacía que no fuese claro cual era la conducta apropiada para evitar la violencia, posiblemente ni siquiera ser sumiso y abyecto al extremo era suficiente. Tal vez lo único efectivo era dejar de ser indio; este camino lo emprendieron desde entonces individuos y comunidades enteras.

Otro factor que marco una diferencia entre los tipos de violencia pre y post conquista era el de la humillación que acompañaba generalmente a los castigos impuestos por los españoles. Matar es una cosa, pero matar a un cacique importante acompañando la ejecución con torturas e insultos, luego descuartizarlo, quemar las partes de su cuerpo y exhibirlas por semanas en las plazas de varios pueblos es distinto. El efecto sobre la comunidad de un acto de este estilo es devastador, no ejemplarizante como los conquistadores lo pretendían. Aún cuando no se llegara a matar, los castigos buscaban más que el daño físico. En el Perú era usual que las flagelaciones se aplicaran desnudando completamente a la víctima frente a todo el pueblo: "*Verdugo, padre, castiga afrentosamente desnudo en cueros cin miramiento ci es principal o yindio pobre o ynidia...*" (Waman Puma, 1616/1992).

Un tercer factor de esta nueva violencia fue que se dirigió tanto contra comunidades enteras como contra individuos aislados. En el mundo americano, tan fuertemente marcado por la vida comunitaria, el individuo por se tenía poca importancia, pues la producción y reproducción de su vida material y espiritual solo podía darse en la sociedad; se percibía y se recibía cualquier efecto externo en comunidad. Cuando la violencia de los conquistadores se dirigió a comunidades enteras siempre era posible amortiguar socialmente sus efectos, pero cuando los actos violentos afectaron a individuos aislados ya no hubo paliativos.

Infortunadamente la relación entre descubridores y descubiertos se caracterizó también por la implementación de un nuevo tipo de violencia cuyos

efectos sobre las poblaciones indígenas marcaron la percepción que ellos tuvieron de los conquistadores. Más que respeto, lo que los descubiertos sintieron frente a sus descubridores fue un profundo miedo, un terror que se propago como fuego en la pradera seca y que se puede entender solo a través de testimonios excepcionales como los que narró José María Arguedas. Un pasaje de su obra *"Todas las sangres"* nos muestra a un cabecilla indígena dirigiéndose al dueño de la hacienda: *"Hijo de Dios, werak'ocha patrón. Yo respondo. Yo te agradezco... Hijo de Dios: una sola pregunta, con la frente en el suelo, quiero atreverme a decirte... derrama tranquilo mi sangre sobre ese manto... Derrámala si uno solo de tus colonos habla en la mina con asquerosos hombres de otros pueblos. Pero concédeme la bondad de tu corazón y danos licencia..."* (Arguedas, 1970).

Hay otros aspectos que son pertinentes al tema que venimos tratando, pero no es posible incluirlos por la extensión que esto impondría a la exposición. Lo que se ha buscado exponer se puede resumir en cuatro puntos simples:

1. Tras un breve momento de asombro los indios americanos reconocieron a los españoles como hombres comunes, quizás vestidos en forma un tanto extraña. Ni siquiera la presencia de animales desconocidos, como los caballos y los grandes perros de caza o de las armas de fuego, cambio esta forma sencilla de ver las cosas.
2. La rapiña por el oro, por parte de los españoles, desconcertó a los indios que al principio no entendieron porque se ansiaba tanto este metal particular. Las reacciones frente a este problema fueron aisladas y tardías.
3. La violencia sexual afecto profundamente las relaciones entre europeos e indios. Aparte del traumatismo individual y social que ella produjo, revelo a los indios la hipocresía que se mantenía entre la predica cristiana y las acciones reales de los nuevos amos.
4. La violencia no era desconocida en el continente americano, pero la que trajeron consigo el descubrimiento y la conquista tenía otras características que la hicieron particularmente destructiva y feroz.

Algo más de cinco siglos después de 1492 aún no acabamos de entender todas las facetas, las consecuencias y la naturaleza misma del proceso de descubrimiento y conquista de América. En esa medida hay terreno fértil para seguir explorando y también para disentir y polemizar; a los historiadores, antropólogos y arqueólogos nos corresponde lo primero, pero casi nunca resistimos la tentación de hacer lo segundo. Sinceramente espero

que esta exposición, necesariamente provisional e incompleta, aporte algo en los dos sentidos.

## Bibliografía

- AGUADO, FRAY PEDRO. *Recopilación Historial*. Biblioteca de la Presidencia de la República. Bogotá, 1582/1956.
- ARGUEDAS, JOSÉ MARÍA. *Todas las sangres*. Biblioteca Clásica y Contemporánea, Editorial Losada. Buenos Aires, 1970.
- CORTES ALONSO, VICENTA. *Visita a los santuarios indígenas de Boyacá en 1577*. *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 9, ICAN. Bogota, 1960.
- DE GANDIA, ENRIQUE. *Historia critica de los mitos de la conquista americana*. Editores Juan Roldán y Cia. Buenos Aires, 1929.
- DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL. *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Editorial Pedro Robredo. México, 1632/1939.
- GUTIÉRREZ DE PINEDA, VIRGINIA. *La familia en Colombia*. Universidad Nacional. Bogotá, 1963.
- LONDOÑO, EDUARDO. *El proceso de Ubaque de 1563: la última ceremonia religiosa pública de los muisca*, *Boletín del Museo del Oro*, vol. 49. Bogotá, 2001.
- LLERAS, ROBERTO. *Metalurgia precolombina de Ecuador*. Manuscrito Banco Central del Ecuador. Quito, 2006.
- PANCORBO, LUÍS. *Avatares. Viajes por la India de los dioses*. Editorial Miraguano. Madrid, 2008.
- PUMA DE AYALA, FELIPE WAMAN. *Primer nueva coronica y buen gobierno*. Siglo XXI. México, 1616/1992.